

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal, con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como Yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos).

LA MONEDA

— — —

Cuando una pertinaz sequia produjo en el pueblo de Robledal el hambre más espantosa, el cura párroco, que era un hombre caritativo en extremo, se decidió á pedir limosna de puerta en puerta para dar alimento á los infelices braceros. El acto de aquel sacerdote impresionó al vecindario profundamente, y muy pronto pudo ponerse en la casa parroquial una especie de rancho con el que por lo menos una vez al día satisfacían su voraz apetito una porción de desdichados trabajadores.

Algunos se negaron á prestar el más leve auxilio á la desgracia, y entre éstos figuraba uno que pasaba por ser hombre muy rico. Se llamaba D. Aniceto y poseía muy pocas tierras, que iba vendiendo poco á poco para alimentarse malamente y vestir como el último pobre de la comarca; pero la opinión le atribuía una fortuna grande en metálico y enterrada en el patio de su casa.

El cura le defendía de las públicas acusaciones de que era objeto; pero el hecho de negarse á dar un solo céntimo para la comida de los braceros, hirió de tal modo el alma sencilla del buen párroco, que se propuso averiguar la verdad, y limpiar del pecado de la avaricia á aquel feligrés.

Cuando la calamidad pasó y la esperanza de una buena cosecha volvió la alegría al lugar, fué cuando el cura se decidió á dar el golpe, y una mañana, temprano, cuando D. Aniceto salía de Misa, le hizo entrar en la casa rectoral, y de la manera más cariñosa posible comenzó á censurarle su avaricia, que debía ser grande, puesto que todo el mundo le atribuía un repleto gato.

Don Aniceto, creyendo que se trataba de pedirle dinero, juró y perjuró que no tenía un céntimo ahorrado; pero cuando por el curso de la conversación se convenció de que no se trataba de semejante cosa, y que aquella conversación que llevaba aparejado el correspondiente secreto, se declaró sincero, y una vez que veía cerrado su bolsillo, abrió sin inconveniente su pecho.

Tenía dinero, mucho dinero enterrado en un lugar de su casa que á nadie diría jamás. Todo su tesoro se componía de monedas de plata, unas heredadas de su padre y otras producto de su ahorro. Guardaba el dinero por si un día le hacía falta, y no daba á nadie un cuarto de limosna porque tampoco pensaba pedirlo él jamás, para lo cual conservaba y aumentaba su bolsa con

exquisito cuidado. Y cuando hubo terminado su confesión cerró el período con esta frase:

—Y ahora hágame V. un sermón sobre la avaricia, que no me va V. á vencer.

El cura le escuchó asombrado, y las últimas palabras hirieron vivamente su amor propio como sacerdote. ¡No vencer él, que hablaba en nombre de principios incontestados y de verdades eternas! Contuvo el débil enojo que su bondadoso carácter era capaz de sentir, y con la mayor calma replicó á D. Aniceto:

—No voy á hacer sermón ninguno puesto que V. no quiere oírlo; al contrario, voy á que V. me explique cómo teniendo ese dinero no ha tratado de multiplicarlo.

Don Aniceto abrió unos ojazos terribles: no se trataba de pedirle nada, y por añadidura se le excitaba á aumentarle.

—¡Cómo! exclamó lleno de curiosidad.

—Pues comprando papel del Estado, dijo el cura, tendría V. el 4 por 100 mas de ese dinero todos los años, y ya había algo para los pobres.

Don Aniceto soltó la carcajada. ¡Qué inocencia la del párroco! Eso ya lo sabía él de sobra, aunque fuera tan ignorante que apenas si podía deletrear un periódico; pero el papel baja á lo mejor, y luego viene una guerra y no se paga el cupón: jamás expondría su dinero á tales riesgos.

—¿Y en acciones del Banco Agrícola que se ha fundado en la capital? añadió el cura.

—Puede quebrar, contestó D. Aniceto.

—¿Y enterras aquí mismo? Algo quedaría para los desvalidos.

—En tierras! Los años malos, la inundación el granizo, todo eso se pierde en una hora. No se canse V.: lo más seguro es lo que yo hago. El metal siempre es metal; la plata siempre es plata.

El cura ya no supo qué argumentar y como había prometido no hacer un sermón sobre la avaricia, varió de conversación pero supensamiento no se apartaba de la frase última de aquel hombre, y en su mente repetía aquellas palabras de que «la plata siempre era plata.»

Don Aniceto, cuando vió que la conversación se hacía indiferente, comprendió que había terminado su misión en la casa, y se despidió con una sonrisa burlona inspirada por el concepto de superioridad que de sí mismo había formado al ver lo victoriosamente que había rebatido las razones del cura.

Y en la puerta, éste no pudo contenerse y le dijo:

—Ya ve V. que nada digo contra la avaricia; pero la Providencia da lecciones á lo mejor con los hechos, para que éstos puedan llegar á donde la palabra no alcance.

Don Aniceto no entendió estas frases y continuó sonriendo; y sin volver la cabeza siguió rápidamente á su casa para pasar revista á sus monedas.

—¡Qué tonto es, pensaba, este señor cura! ¡arriesgar el dinero para que se reduzca á la mitad cuando menos se piense! ¡Jamás! El único peligro sería el del robo, y en este pueblo no hay ladrones, á Dios gracias.

Y con estas reflexiones acompañaba el entretenimiento de apilar monedas, que casi todas ellas eran duros, y que al deslizarse entre sus manos vibraban con el sonido más agradable que D. Aniceto había escuchado en toda su vida.

Don Aniceto, que sufría grandes estrecheces por no tocar al tesoro, había ido viviendo, como hemos dicho, del producto de las ventas de las pequeñas fincas que había heredado; pero este dinero llegó á su término, y fué preciso ir pensando en tocar á las monedas escondidas.

Esto ya lo tenía previsto D. Aniceto, y no le inquietaba ni poco ni mucho: no era de esos avaros que atesoran para dejar á sus sucesores una fortuna. Con las monedas guardadas tenía bastante para vivir él, aunque Dios le concediera larga existencia, en el momento en que se le acabase el producto de las ventas, cosa que le sucedería siendo ya viejo. No se engañó en su cálculo: perfectamente meditado y previsto, su plan para vivir sin trabajar, le llegó el momento de gastar la plata heredada cuando ya estaba en los cincuenta años de su existencia.

El día en que había de inaugurar el gasto de lo ahorrado, tomó un dero de los que apilaba simétricamente todas las noches, y se dirigió á la panadería para cambiarlo.

—¡Pobre de mí, iba pensando, si sigo los consejos del cura! Si yo hubiera empleado este dinero en rentas, tal vez lo hubiera perdido ya todo. ó se me hubiera quedado reducido á la mitad. Nada de negocios: la moneda contante y sonante ni se gasta, ni se la comen los ratones; está siempre viva y siempre con su valor. ¿Para qué querria el señor cura meterme en tales líos?

Con estas reflexiones llegó al horno donde compraba todos los días un panecillo, y dió en pago la reluciente moneda, mirándola con ojos cariñosos. El panadero cogió el duro, lo miró atenta-

mente, lo hizo sonar contra el suelo, lo refregó entre sus dedos, trató de doblarlo con los dientes, y por último llamó á su mujer para que lo examinara.

Don Aniceto observaba todas estas operaciones lleno de sorpresa, y sin atreverse á preguntar la causa de tan minucioso examen. Por el pronto, atribuyó á ignorancia del panadero aquel escudriñar y aquel sobar la moneda tan insistentemente.

La mujer del panadero fué más breve en su juicio.

—¿De dónde ha sacado V. esto, D. Aniceto? dijo después de mirar el duro.

—¿Y á V. qué le importa? contestó ya impaciente el avaro. Ese ha salido de donde todos, de la Casa de la Moneda.

—Pues acuérdate, dijo la mujer á su marido, que en la feria de Medina, el año pasado, nos rechazaron uno igual cuando fuimos á comprar trigo.

—¿Pero creen Vds. que es falso? dijo D. Aniceto, lívido ante una contingencia en que jamás había pensado.

—Yo no lo sé, dijo el panadero, pero ésa tiene razón: nos rechazaron uno igual en todos los comercios de Medina. A los chicos se lo dimos para que jugaran, y ya lo deben haber perdido.

—Pero no sería como éste, replicó don Aniceto furioso.

—Pues yo no me atrevo á tomarlo.

—Si llamo al juez lo tendréis que tomar á la fuerza, gritó D. Aniceto: para vender hay que entender la moneda.

La mujer del panadero, que era muy suelta de lengua, iba ya á hartar de desvergüenza al avaro, cuando el marido, para que el asunto terminara en paz, propuso un expediente fácil y breve.

Don Aniceto compraba todos los días tabaco, y el estanquero era el único hombre del pueblo que entendía de monedas: lo mejor era que fueran ambos al estanco, y allí sabrían de cierto si el duro era bueno ó falso.

Como no había otro camino que adoptar, D. Aniceto asintió á la propuesta, y ambos salieron con dirección al estanco. Por el camino propuso el ricacho que en vez de despertar sospechas en el estanquero preguntándole si la moneda era buena ó mala, lo mejor sería que pidiese su cajetilla como todos los días, y pagase tranquilamente como sino se hubiera suscitado la menor duda sobre la pieza de plata.

Todo se verificó con arreglo al programa, pero apenas vió el duro el estanquero, dijo:

—Esta moneda no pasa.

—¿Lo ve V.? murmuró el panadero.

—¿Pero por qué? dijo con voz entre cortada, D. Aniceto. ¿Es falso?

—Falso precisamente... no, contestó el estanquero: como plata, es plata.

Don Aniceto dió un suspiro de satisfacción, añadiendo:

—Y buena plata.

—Muy buena será, pero no pasa.

—Eso es una barbaridad, exclamó D. Aniceto. Si es buena, ¿por qué no pasa?

El estanquero, sin exaltarse, explicó el caso: esta moneda estaba mandada recoger hacía muchos años; se habían dado prórrogas para hacer la operación, y se había cerrado ya hasta en la Casa de la Moneda el plazo para el canje.

Todo eso le pareció á D. Aniceto un cuento ridículo; pero su enojo subió de punto cuando el estanquero le ofreció dos pesetas por el duro, valor intrínseco de la plata.

Aquello era un robo que se le proponía, y lleno de rabia fué á ver al juez municipal, al alcalde, paseando su duro por todo el pueblo, y recibiendo de todos la misma contestación:

—¡Eso ya no pasa!

Don Aniceto creyó en un complot para arruinarle, y como uno de los que había consultado le había dicho que tal vez en la Delegación se lo tomaran, al día siguiente muy tempranito salió para la capital de la provincia, que distaba seis kilómetros del pueblo. Allí confirmó su desgracia: hacía muchos años que la moneda había sido recogida; no pasaba en ninguna parte, y su único consuelo fué que un platero le ofreció nueve reales, uno más que el estanquero de su pueblo.

Difícil es pintar cómo volvió D. Aniceto á su pueblo aquella noche pálido, casi febril llegó á su casa, abrumado por la que era para él la más horrible de las desgracias. En su tosco cerebro no entraba la razón que pudiera disminuir de tal modo el valor de la plata. Llorando amargamente examinó una por una todas las monedas: la mayoría eran iguales á la que había pretendido cambiar; muy pocas tenían cuño diferente.

Aquella noche la pasó en vela, no podía dar crédito á una cosa que le reducía tan brutalmente su tesoro: todo el mundo debía estar equivocado, y en cuanto amaneciese iría á ver al señor cura, la única persona decente que había en el pueblo: á él, que era el poseedor de su secreto, lo contaría sus culpas y le expondría de qué manera parecían haberse puesto de acuerdo muchas personas para arruinarle. Apenas en la Iglesia sonó la primera campanada del alba, cuando D. Aniceto se echó á la calle é hizo despertar al cura, que todavía se hallaba en el lecho. Allí junto á la cama y como quien confiesa un pecado grave, refirió lo que ocurría, calificando de ladrones á todos los seres humanos, y exponiendo con cifras exactas la cantidad que según él le robaban.

El cura con tono dulce, le repitió lo que todos le habían dicho, y trató de calmar su furia: no se trataba de ladrones ni de robo: los Gobiernos varían el cuño y la división de la moneda por una porción de razones que eran largas de explicar; pero daban plazos para el canje, y nadie tenía la culpa de que los ciudadanos, por ocultar su dinero, dejasen pasar los plazos y guardasen la moneda antigua enterrada; la plata subía ó bajaba de valor como todas las cosas.

—¡Si lo hubiera tenido en oro!

—El oro puede bajar también.

—Pero entonces, preguntó D. Aniceto, ¿en este mundo no hay una moneda de valor para poder vivir?

—Yo conozco dos.

—¿Cuáles? contestó D. Aniceto poniéndose en pie, como si fuera á buscarlas en cuanto le diesen noticia de ellas.

—Para esta vida, el trabajo; para la otra, la caridad.

Emilio Sánchez Pastor.

Histórico

Un vendedor de libros (¿protestantes?) entra en una cervecería y acercándose no muy confiado, á varios señores que estaban reunidos en una mesa á la entrada, les dice:

—Caballeros, me tomo la libertad de

venir á interrumpirles unos momentos para que me honren examinando y comprándome alguno de estos libros; son muy buenos y baratísimos, casi de balde, miren ustedes esta Biblia en cincuenta céntimos de peseta.

—Llega V. en una ocasión excelente, le dice uno de los aludidos que le *filio* enseguida.

—¿Sí?, dice el vendedor con marcada alegría, lo celebro infinito; como ustedes comprenderán á qué está uno sino á ganarse la vida y á hacer negocio.

—Es verdad, á ver, ¡guardia!

—¿Qué se le ofrece á usted? pregunta en tono respetuoso el municipal que á la sazón pasaba por allí.

—Haga el favor de informarse si este *buen* hombre tiene permiso de la autoridad correspondiente, para vender estos libros por la calle.

—Enséñeme en el acto el permiso de señor Alcalde.

—No he tenido aún tiempo de *proporcionármelo*, exclama titubeando el *buen* hombre.

—¿No, eh? pues venga usted conmigo.

—¿A dónde, señor guardia?

—Al cuartón *providencialmente* mientras el señor Alcalde no disponga otra cosa.

A, B, C...

—Una duda me atormenta.

Contésteme, señor Cura:

¿Se puede leer, A, B, C?

—¡El A, B, C! ¡Criatura!

Esa duda es una afrenta!

Pues, ¿y qué edad tiene usted?

—Señor Cura, unos... cuarenta...

—¡Cuarenta años! ¡Cana riol!

Cuarenta en una mujer,

Es edad algo avanzada,

Para aprender á leer.

De modo que ¡nada, nada!

Mi consejo es bien palmario,

¡Tire usted el A, B, C... *dario*,

y dedíquese á... coser.

Peditroques

Cudillero.

Lección de un niño

El hijo de un librepensador francés madrugó un domingo para ir á la iglesia, y su padre le preguntó, viéndole dispuesto á salir de casa, que á dónde iba.

—A misa, papá—contestó el niño.

—Deja esa tontería para las mujeres, añadió el padre, y vete á pasear.

—El maestro nos dice en la escuela que cumplamos los mandamientos.

—Pues yo iré, dijo el padre, á prohibirle que te los enseñe.

El niño repuso con dulzura:

—¿También el que nos manda honrar padre y madre?..

El librepensador, desconcertado, abrazó á su hijo y le dejó marchar á misa.

Poco tiempo después padre é hijo acudían á la iglesia con la mayor veneración y humildad.

AVISO. Los niños vuelven muchas veces al buen camino á los padres extraviados: no desaprovechéis la ocasión que se os presente.

No os jactéis de ser librepensadores

El concejal Sr. Cuber pronunció un discurso al descubrirse la lápida del maestro Ripoll, con cuyo nombre se designará la antigua plaza de Ruzafa, disgustando, en general, al vecindario de aquel poblado.

El Sr. Cuber no habló del sabio, ni del ciudadano preeminente; ensalzó al rebelde y a la rebeldía.

A eso redujo el Sr. Cuber la sustancia del librepensamiento. Y con efecto, esa es su sustancia, porque las audaces negaciones que constituyen el sistema, de tal suerte no son fruto del estudio y sí consecuencia de una *rebeldía apasionada*, que un sabio contemporáneo resume su última expresión, diciendo que el librepensamiento «es el derecho á no pensar nada.»

No hemos de esforzarnos para demostrar que la *rebeldía* sistemática, lejos de constituir un mérito, es algo que acusa ó defecto patológico, locura, ó falta de *intelectualidad*.

La libertad de pensar no puede ser como se cree, el derecho de afirmar ó de negar, según el capricho del interés ó de la pasión. sino el derecho de afirmar despues de un serio y desapasionado exámen.

Todos los librepensadores hablan de la Religión y se *rebelan* contra ella con apasionamiento y más frecuentemente con perfecta ignorancia.

Las verdades religiosas imponen una ley moral estrecha, y el librepensamiento, si se *rebela* contra aquellas verdades, es por la ley moral que de ellas se deriva. Fijáos y veréis cómo está entusiasmado con el amor libre.

El librepensamiento desdén el conocimiento de la Religión; por eso suprime su estudio en sus escuelas láicas. ¿Por qué no la enseña? Porque lo que menos tiene es de libre *pensamiento*; es otra cosa, es libre *pasión*.

Preparados los entendimientos por la ignorancia, el librepensamiento entonces arroja en ellos todo género de fábulas y de invenciones contra la Religión y la iglesia, y va aumentando el ambiente de libertinaje en que se regodea.

Y fórmase así esa juventud que se considera sabia y apta para discutir sobre Religión, que es materia que desconoce porque no ha estudiado.

¿Cómo juzgaríais al hombre que sin haber cursado Derecho ó medicina quisiera resolver por sí mismo los graves problemas que en estas ciencias se plantean? Justamente le tacharíais de tonto.

Ahora nosotros preguntamos: ¿Cuántos se han preocupado de estudiar las enseñanzas de la Iglesia en sus verdaderas fuentes, es decir, en las obras de los Doctores, en las definiciones de los Concilios ó al menos en las explicaciones de los teólogos más autorizados? Hablan de las negruras de la Edad Media y ni siquiera saben que existen las obras de Woigt sobre Gregorio VII y la de Hurter sobre Inocencio III. No han leído una sola Historia de la Iglesia con sello de im-

parcialidad. Creen á pies juntillas, porque así lo dicen los papeles, que las ciencias físicas y naturales han acabado con los dogmas, y para ellos están de más los libros de los PP. Cámara y Mendive, por ejemplo, que tan brillantemente destruyen esa paparrucha.

Condenan á la Iglesia sin estudio, solo por el testimonio apasionado de los interesados enemigos de la Iglesia. ¿Qué imparcialidad es esa? ¿Eso es librepensamiento? Eso es pensamiento esclavo.

La *rebeldía*, la *rebeldía*, esa es la gloria, y de Ripoll, que fué un *rebeldé*, hacen una bandera. Lo mismo que la pudieran hacer de cualquier niño desobediente é indómito. He aquí el ideal humano. ¡Viva la braveza!

Basta que Ripoll hablara contra la Religión, que es una autoridad moral. ¿Qué importa que Ripoll que no había estudiado más que gramática y un poco de Filosofía y fué dependiente de comercio y luego soldado, no supiera una palabra de Religión? Lo interesante es que se *rebelara*.

Si trastornó el orden social y fué penado, fué un mártir.

¿Son mártires todos los que padecen persecución por *rebelarse*?

Abramos, pues, las cárceles; no persigamos á los *rebeldes*. Suprimamos así los *mártires*. Y las víctimas que estos *mártires* produzcan, ¿serán *mártires* ó qué?

Mirad qué *cocodrilo* es el librepensamiento; quiere á los *rebeldes* en libertad para que acaben con las iglesias y con los curas, y no dá derecho á la sociedad para *rebelarse* contra los *rebeldes*.

¿Podrá alguien jactarse de ser librepensador?

Jactándose de *rebeldé*, pero no de *pensador*. Buen provecho.

P. O.

CUENTO QUE PARECE HISTORIA

Durante el cólera de 1835 fueron destinados los locos de un manicomio a conducir los cadáveres al cementerio. Iban unos cuantos de ellos llevando en hombros algunas víctimas de la epidemia, cuando en medio del camino uno de los que iban á ser enterrados volvió en sí, y desde dentro de la caja, en que estaba encerrado, llamaba para que le dieran salida. Un loco lo oyó y ¿oyes, dijo al vecino. que este prójimo quiere salir?... — No le hagas caso, contestó el otro; si le creyéramos todos harían lo mismo.—El colérico viendo que en efecto no le hacían caso, comenzó a hacer esfuerzos dentro del ataúd, hizo perder el equilibrio a los que le llevaban, cayó la caja al suelo, abrióse con la sacudida, y echó a correr huyendo de sus conductores. Los locos, que ven esto, dejan los ataúdes restantes en el suelo, y arremetieron contra el muerto fugitivo con tal furor, que al cogerlo lo ataron de pies y manos y le metieron por fuerza dentro de la caja diciendo: «Tenemos orden de no soltar á ningún muerto, y de enterrarles a todos; aquí no hay excepción.»

Actitud de la Sociedad de albañiles "El Trabajo"

Esta Sociedad ha publicado un manifiesto en el que con ocasión de discrepancias con los contratistas de obras sobre si se debía suspender ó no el trabajo los días festivos, declara que no se computarían para los efectos del jornal más fiestas que los domingos y el 1.º de Mayo, y que los patronos que por motivos religiosos no quieran hacer trabajar á los obreros los días de fiesta, tendrán que abonarles el jornal correspondiente á esos días.

Este ukase — así lo han llamado — ha producido en Madrid cierta excitación. Yo quiero estudiarlo aquí muy brevemente no sólo por ser un «hecho social» sintomático de importancia sino porque puede generalizarse y á los católicos sociales conviene estar preparados y tener fijada nuestra actitud con anticipación y muy serenamente.

Esta Sociedad de albañiles es la más numerosa y fuerte de Madrid. Aunque estamos muy lejos de la agremiación obligatoria, tan simpática á los católicos sociales de Austria y Alemania, ellos la han logrado en Madrid. Para los obreros albañiles, las disposiciones de su Sociedad son una legislación complementaria más eficaz que la votada en el Parlamento. Obrero que no pertenece a la Sociedad, no trabaja y por consiguiente no come. Las excepciones no son de consideración. De los 9.000 asociados que tiene, apenas serán 500 socialistas: ellos son, sin embargo, los amos, los otros los siguen mansamente.

Entre las razones que han tenido para dar esa disposición, la primera es la fuerza; la segunda es más atendible: Pierden el jornal del domingo: si hay en la semana otro día de fiesta, son dos jornales los que pierden en siete días. Si con la pérdida del uno viven mal, ¿cómo vivirán con la pérdida de dos?

Los patronos en construcción pueden clasificarse en dos grupos: en el primero entran los que no respetan las fiestas que hay entre semana. Son los más. Y aun la inmensa mayoría de los maestros de obras que respetan esos días festivos lo hacen por interés, por imposición de los propietarios para quienes construyen. La clase de aparejadores es, en general, poco respetable por sus sentimientos cristianos. Al segundo pertenecen los que no olvidan que, además de patronos, son cristianos. Son los menos. Se podrían contar con los dedos y sobrarían dedos, en Madrid.

Parece que los primeros debieran haber recibido con indiferencia la actitud de los albañiles. No ha sido así. Creen que era poner limitación á su voluntad y violar la libertad del trabajo amparada por la ley. Algún día de fiesta les convendría «parar» y si esa nueva disposición prosperara, tendrían que pagar trabajo que no habrían recibido. En rigor la base de su razonamiento es que el trabajo es una mercancía, y les parece absurdo y atrabiliario que se les obligue á pagar una mercancía que no reciben.

Los segundos, y con ellos alguna publicación católica, la rechazan desde otro punto de vista. Como sus concurrentes, los patronos poco escrupulosos en los Mandamientos de la Iglesia, harán trabajar á sus obreros en los días festivos y ellos no, si pagan los jor-

nales ese día aumenta para ellos solos el coste de producción, quedan en condiciones de inferioridad en la lucha industrial y en definitiva, la disposición de los obreros albañiles se convierte en un impuesto sobre la fe lo que es odioso, en un castigo por ser buenos católicos lo que es intolerable é injusto. Algunos de ellos transigirían con la condición de que ningún patrono pudiera hacer trabajar en esos días festivos no domin- gos.

Expuesta así la actitud de los que inter- vienen en el conflicto, vamos á condensar aquí nuestra modesta opinión.

En el problema planteado por la Asocia- ción de albañiles, hay una cuestión de hecho y una cuestión de principio.

¿Puede vivir el obrero albañil con el fruto de su trabajo toda la semana si pierde dos ó más jornales? He aquí la cuestión de hecho.

¿Tienen derecho á vivir del fruto de su trabajo? He aquí la cuestión de principio.

Plantear la cuestión de hecho es resol- verla. Decir que con cuatro ó cinco jorna- les puede vivir la semana en Madrid, nos parece un sarcasmo de mal gusto.

El verano pasado hicieron los seminaris- as de Madrid unas 200 monografías de otras tantas familias obreras de la provincia. Humildes como son en gran parte, quedaron, sin embargo acongojados al asomarse á la vida económica íntima de aquellas familias. Les paró un sondeo penoso en un mar de miseria.

Ese mar de miseria lo notan bien los ex- tranjeros que vienen de ambiente más rico y algunos me lo han expresado en esta hu- millante frase: En España se masca la mi- seria.

No hay que decir lo que pasará en la fa- milia obrera de albañiles, donde la falta de trabajo al año es un problema terrible, donde la carestía de la vida es una vergüenza, don- de los abusos del comerciante que le roba en la cantidad y en la calidad de los géneros que le vende es completamente ímpune, donde las familias son numerosas y el tra- bajo de la mujer escaso y escandalosamente mal retribuido.

No, no puede vivir y si el patrono viera de cerca la vida angustiosa de su obrero, ó demostraría no tener entrañas, ó reconocería que eso no es vivir.

Los obreros albañiles y los otros obreros, necesitan el jornal del día festivo, y necesitan también el jornal del domingo y á nosotros no nos cabe la menor duda de que llegarán á te- nerlo, más tarde ó más temprano. Para noso- tros sería una pena ver á la Asociación obrera católica oponerse á esa reivindicación que cree mos justa.

En cuanto a la cuestión de derecho, nos- otros no la podemos discutir, mientras no se borren de la Encíclica *Rerum Novarum* las palabras que León XIII dedica al salario mínimo.

Se podrá, pues, discutir el procedimiento algo dictatorial, con que tratan de imponer su voluntad, pero mientras se admita la cuestión de principio y no se niegue la cues- tión de hecho, la reivindicación de los alba- ñiles es justa.

¿Cuál debería ser, pues, la actitud de los patronos católicos y la de los católicos so- ciales? A nuestro humilde juicio la siguiente:

Los patronos católicos deben estudiar si en el estado actual de su industria, es ver-

daderamente ruinoso para ellos la inferiori- dad económica en que quedan con relación á sus concurrentes que hagan trabajar en días festivos. Si así es, pueden trabajar porque la ley del Descanso no obliga con tan gran detrimento.

Nosotros creemos que no: las fiestas entre semana no pasan al año de 15 y aún esas 15 se reparten al año entre varios patronos, pues raro será el que haga trabajar un año se- guido á los obreros. Pagar cuatro, ocho, quince jornales más al año ¿puede ser ver- daderamente ruinoso?

Guardarlas, pagando el salario, no haría á los obreros que trabajan con patronos ca- tólicos de peor condición que los otros y harían honor á la fe que profesan y por la que hacían ese sacrificio pecuniario y al cabo del tiempo haría de ellos una clase de patronos más prestigiosos porque aparecerían más espléndidos y más consecuentes con sus ideas.

El descanso dominical, tiene entre otros fundamentos, el de dar más intensidad al trabajo de los días laborables. Aunque sería difícil de apreciar, el descanso del día fes- tivo haría también más intenso y cuidadoso el trabajo del obrero que hubiera descansado y esto sería una devolución al buen patro- no.

De no serles ruinoso creemos que no se deben oponer á la petición de los obreros y si se oponen faltarán á la equidad y con- tribuirán á hacer antipática y odiosa la reli- gión que, al parecer, quieren defender.

En rigor, ese mayor coste en la producción puede hacerlo recaer sobre los consumi- dores, como lo hace siempre y si no puede hacerlo así no debe creer que es una con- tribución impuesta por los obreros á su fe, sino un sacrificio que esa fe le impone.

De la religión católica decía Montesquieu, que teniendo por fin directo el procurarnos la dicha eterna, de paso procuraba nuestro sosiego y nuestra felicidad temporal, pero tiene un dogma que impone rendimientos á nuestra razón y tiene una moral que im- pone á nuestra voluntad una disciplina á veces dura y unos deberes con frecuencia penosos. Uno de ellos puede ser éste.

Las soluciones que podría dar al conflic- to - ellos más expertos idearán otras más viables - podrían ser éstas:

1.^a Proponer á todos los patronos de su industria no hacer trabajar ningún día festivo y pagar esos días íntegro el jornal á sus obreros. Eso sería lo más humanitario y lo más cristiano.

2.^a En el caso de hallar dificultades fundadas en el estado general de esa in- dustria en Madrid, invitar á los obreros á una transacción, que podría formularse así:

a) Los obreros albañiles que no traba- jen en los días festivos que haya entre sema- na cobrarán íntegro su jornal.

b) Como compensación trabajarán una hora más en los días laborables de la se- mana.

Cualquiera de estas dos soluciones que se acepte, el obrero no podrá dedicarse en esos días á otro trabajo ajeno, perdiendo el derecho al jornal en el primer caso y el de- recho á la diferencia entre la hora de traba- jo y la que debería trabajar en el segundo.

No vemos razonable otra actitud y cree- ríamos injusto, inoportuno, impopular y pe- ligroso el empujar á las agrupaciones obre-

ras católicas contra la reivindicación de los obreros albañiles de Madrid.

A última hora sabemos que la Sociedad de albañiles «El Trabajo» ha vuelto de su acuerdo devolviendo las cosas al estado en que estaban antes de publicar su manifiesto.

Las causas conocidas de esta resolución son el haber adquirido el convencimiento de que se iban á producir grandes daños por una bagatela. El provecho económico que obtenían en caso de triunfo era insignifi- cante porque la inmensa mayoría de los maes- tros de obras ya trabajan los días festivos.

Nosotros no retiramos, sin embargo, nues- tra opinión por creer que es de principio anterior y muy independiente del conflicto actual.

Hace pocos días la han resuelto en el mis- mo sentido que nosotros nuestros hermanos los católicos sociales de Lyon en Asamblea presidida por un Prelado de la Iglesia.

Ha sido para nosotros reconfortante ver confirmada nuestra humilde opinión con voto de tal calidad.

(De «La Paz Social»)

Comparaciones

—¿Qué es el hombre con relación á la Tierra?

—Materialmente considerado, na- da; una unidad al lado de mil qui- nientos y pico de millones.

—¿Y la Tierra con relación al sistema solar?

—Un punto; un planeta imper- ceptible.

—¿Y el sistema solar en compara- ción á todo el Universo?

—Una de las infinitas constelacio- nes que lo forman.

—¿Y el Universo con relación á Dios?

—Su grandeza que es incompren- sible para el hombre, resulta una pequeñez, un átomo, al lado de la grandeza de Dios.

Y pensad ahora ¿qué es el hom- bre con relación á Dios?.....—Pues apesar de esa inconcebible diferen- cia hay hombres desgraciados que se rebelan contra Dios, luchan contra El. ¿Con qué se podrá comparar la maldad de estos insensatos?

R.

La Junta local de Primera enseñanza, de esta villa, nos ha honrado invitándonos para la solemne distribución de premios á los alumnos de las Escuelas Públicas de este Concejo, que se celebró el 30 de pasado en el teatro de Jovellanos.

Muy agradecidos.

Correspondencia Administrativa

Sr. C. P. La Isla.—Pagado hasta fin del año actual.

Sr. D. R. G.—Grado.—Pagado hasta fin del año actual.

Sr. D. R. F.—Grado.—Pagado hasta fin de Febrero 1909.